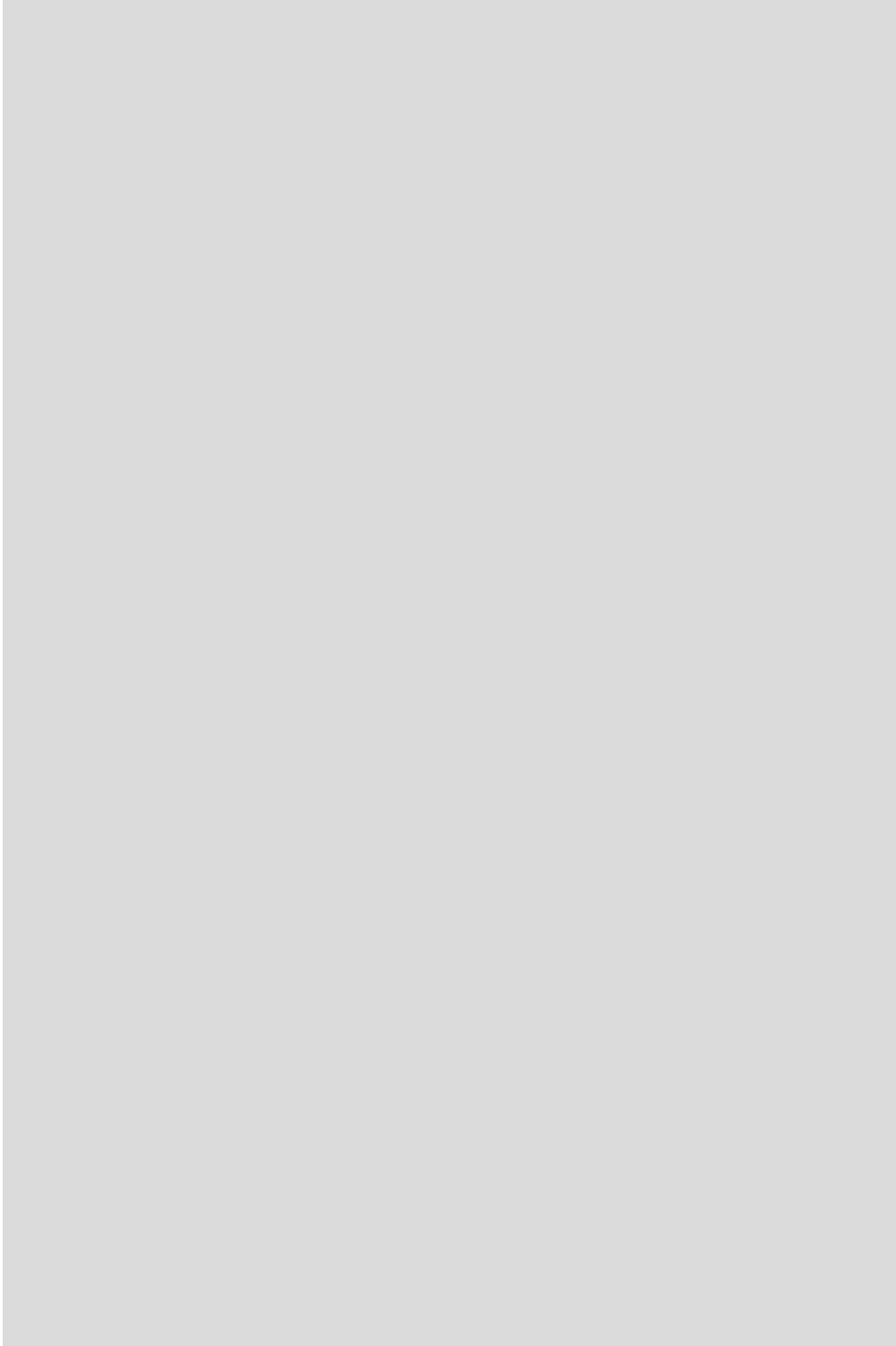


CONFUCIÓN CON LA TORTA

geraldine robles chipana



Capítulo 1

CONFUSIÓN CON LA TORTA.

-Ya, ya... no ataquen todos a la vez, por favor. Dejen al menos que me explique.

-Empieza a hablar, argumenta el por qué demonios esta torta de aquí no es la favorita de la profesora.

Y así inició mi día. En ese tiempo tenía yo aproximadamente diez años. Estudiaba en un colegio cercano a mi casa, lugar en el cual se organizaba (para ese día que era viernes) un compartir con motivo de celebrar el cumpleaños de nuestra tutora Teresa. Más que compartir en sí, viéndolo bien ahora, era una forma de que nosotros, incorregibles rebeldes alborotadores, "hiciéramos hora". Queríamos a nuestra maestra, eso es bien cierto, pero también es real eso de que "cualquier oportunidad para no hacer clase es bienvenida". Así que el lunes, cuando nos enteramos del importantísimo onomástico que tendría lugar el viernes de esa misma semana, pusimos en acción el plan "fiesta sorpresa". Los organizadores, por supuesto, fueron mis amigos Adriana, Paolo, Sebastián y Lesly. Nosotros fuimos solo meros peones a cargo de estos cuatro jugadores. Así que, si algo llegaba a salir mal, ellos deberían tomar toda responsabilidad. Al menos, eso se pretendía.

-Ya saben -dijo el lunes Paolo -haremos la real fiesta.

-Pero que la teacher no se entere. Esto tiene que ser sorpresa -apoyó Lesly.

-Bueno, ahora toca elegir que persona traerá cual cosa para esto.

-Por sorteo -coreamos todos los demás a un mismo tiempo.

Y así se hizo. A Paolo le tocó traer gaseosa, a Lesly caramelos, a Adriana panes o sándwiches (de preferencia con pollo), a otro amigo llamado Fausto chifles, a Sebastián chupetines, a María José comida...

- ¿Comida? -había dicho ella.

-Si, comida. En toda buena fiesta debe haber comida. Ya verás tú como lo arreglas con tu madre -le dije yo en plan tranquilizador para evitar contratiempos.

- ¿Y tú, Andrea -inquirió Sebastián - ¿qué te tocó traer?

-Torta -dije echándole una ojeada al papelito que me había salido.

-Tienes la misión de averiguar cual es la favorita de la profesora -dijo Fausto.

-Y sin levantar sospechas -añadió Adriana.

Así que, al día siguiente, en clase de comunicación como quien no quiere la cosa entablé charla con la tutora.

-Profesora ¿es verdad que su cumple es el viernes?

-Si -dijo ella, mirándome con sus ojos marrones - ¿cómo lo has sabido?

-Se comenta por estos lares -dije con tono informal.

-Bien, pues espero mi regalo.

-Lo tendrá, profesora -aseguré con voz firme - ¿Qué torta le gustaría comer a usted ese día... su favorita, quiero decir?

-Pues... la torta que me encanta es la torta helada. No sé porque, pero me gusta mucho su textura gelatinosa.

-A, si... es muy rica. La e probado y también me parece buena.

- ¿Verdad?

-Por supuesto. Ahora, hablando de otro tema...

El resto de la charla no importa. Diré que tengo el insuperable defecto de dejar todo para un día antes y esto también aplicó a conseguir una torta helada. El miércoles en la noche conté a mi madre sobre la fiesta sorpresa.

- ¿Y qué te han pedido a ti?

-Torta.

- ¡torta! -exclamó ella - ¡no podías haber pedido una simple gaseosa, tenías que haber dicho torta!

-Bueno -dije con tono levemente nervioso en mi voz -en realidad yo no elegí esto, ¿sabes? Fue por sorteo, todo puramente al azar. Con papelitos y todo eso, ya me entiendes.

- ¿Al menos sabes cuál es la torta que debes llevar?

-Torta helada -contesté firmemente -es la favorita de la profesora.

-La conseguiré mañana para pasado mañana -aseguró ella.

Y ahora volvamos, por favor, al viernes. El problema no era que mi madre no hubiese conseguido la torta. No, el problemón era que se había equivocado de torta.

-Me van a matar -le aseguraba yo esa misma mañana a mi madre -entre todos ahora sí que me linchan.

-No creo que sea para tanto -dijo mamá, descartando de un plumazo mis preocupaciones.

Pero claro que fue para tanto. Ni bien llegué, bolsa negra con caja de torta en mano, con total disposición de acomodarme en mi respectivo pupitre y pasar por completo desapercibida, los ojos de mis compañeros me enfocaron.

-Veo que conseguiste la torta -fue el saludo de Adriana hacia mi persona.

-Bien... si... -me di cuenta de que estaba titubeando y carraspeé -mas o menos algo así.

- ¿Cómo que algo así? -dijo María José.

-Antes que nada, la responsabilidad de todo -y con todo me refiero a todo, ni más ni menos -es de mi queridísima señora madre.

-Explícate antes de que aquí corra sangre -Dijo Paolo.

-Bueno, el plan en un inicio fue traer la torta favorita de la miss...

Todos, a una, se pusieron en pie con claras intenciones de rodearme cual cebrá acorralada por una manada de leones hambrientos. Juro que sentí escalofríos recorrerme la espalda y que tuve la completa seguridad de mi próxima muerte a manos de esos hijos del diablo.

-Ya, ya... no ataquen todos a la vez, por favor. Dejen al menos que me explique.

-Empieza a hablar, argumenta el por qué demonios esta torta de aquí no es la favorita de la profesora -atacó Lesly.

-Todo empezó ayer... ¿podrían sentarse, por favor? Me pone de los nervios

tanta gente a mi alrededor.

-No podemos -dijeron unos cuantos y los otros (panda de traidores) asintieron con la cabeza. Suspiré. Sería una historia larga.

-Bueno. Como ya dije todo empezó ayer. Mi mamá fue la encargada de conseguir la torta ayer mismo, en esa tienda que hay en...

-El dónde está la tienda no interesa -me interrumpió Sebastián -narra rápido antes de que venga algún profesor o profesora.

-Mi madre llegó a 8:45 al lugar, pero este todavía estaba cerrado. Así que se fue a una iglesia que había a unas cuadras de ahí para pasar el rato hasta que abriesen, más o menos dentro de unos 15 minutos. Y justo al cumplirse el plazo saltó una alarma de simulacro de sismo. ¿Pueden creer que cerraron la iglesia con mamá ahí dentro? Ella tuvo que salir por unas escaleras de emergencia, claro está.

¿Por qué se demoró tanto en darse cuenta del simulacro y no llegó a salir antes que cerraran? -preguntó Lesly.

-Porque se durmió en "la casa de Dios". Créanme, no es el lugar más entretenido del mundo. Pero ese no es el punto. El truco es que, ni bien logró salir de ese lugar, se apresuró en ir a la tienda de tortas. Aquí debo agregar algo desconocido para mí hasta ayer en la tarde: mi madre no tenía ni idea de que existía algo llamado torta helada. No, la torta helada para ella fue significado de comprar cualquier torta y meterla al refrigerador.

En el rostro de todos se dejó ver la más viva sorpresa, desconcierto e incredulidad.

- ¿Estás diciéndonos que tu madre no sabe lo que es torta helada? - preguntó Paolo.

-Eso estoy diciendo clara y exactamente -dije yo, con voz carente de toda emoción. Lo que hizo mamá fue comprar una torta de chocolate, pagarla y luego llevarla a casa para meterla en la nevera. Claro que de eso me enteré yo ayer, pero ya no se le puede hacer nada.

-Está claro que pusiste el grito en el cielo -dijo Sebastián en tono un tanto sarcástico.

-Eso está más que confirmado -asentí yo -pero al mal tiempo buena cara, ¿verdad?

Las miradas encendidas de todos en mí hicieron que quisiese que la tierra

me tragase. Hasta lo más profundo, hasta lo más recóndito.

- ¡Que no es mi culpa! Exclamé, en un vano intento de defensa personal elevando ambas manos por sobre la cabeza.

-Debiste explicarte mejor -dijo Sebastián -tendrías que haberle explicado a tu madre que esa cosa llamada torta helada era un tipo de torta gelatinosa.

- ¿Cómo iba a saber yo que mi madre no conocía la torta helada? Según yo, todo el mundo en su sano juicio la conoce.

-Ahora vemos que no todo el mundo -dijo Adriana.

-Bueno... al menos tenemos torta, bocaditos, gaseosa y comida... ¿La comida, María José?

Ella al oírme se tensó. Dejé caer todo mi peso en el respaldo de la silla que ocupaba yo. La manada de atacantes -en la que ahora debería incluirme -habíamos encontrado otro punto digno de atención.